

el *re* y *sestina*, imitando á la primera, ¿no os hacen el efecto de la frescura matutina, del momento en que surge el nuevo día? El crescendo de los violines, con aquella sonora armonía de octavas, ¿no os indica claramente la aparición del sol? La entrada de los *violoncellos*, con aquel canto misterioso, transporta á las calladas horas de la estrellada noche. Los tres arpeggios del arpa, con los seis *mi* de la campana, nos indican la media noche. El *rivacissimo* ó galopa, es la misma famosa y renombrada galopa del baile *Le Due Gemelle*, del coreógrafo Pallerini, instrumentado por el mismo Ponchielli hace muchos años. ¡Ponchielli no podía haber agregado á esa joya que se llama el Baile de las horas, sino otra gama, producto de sus juveniles años!

«El gran final revela la maestría del célebre armonista: lo eleva á un rango sin segundo entre los actuales compositores.

«Cuarto acto.—Desde la primera á la última nota es una verdadera inspiración. Las pasiones se suceden como en un drama: los celos, el amor, el odio, la abnegación, están esculpidos con mano maestra y franca. La aria de Gioconda, la escena y terceto *l'addio*, y la sublime reminiscencia *a te questo rosario*, son páginas inmortales. El duo final entre Gioconda y Barnaba es un monumento de arte; las dos pasiones, el odio atroz de Gioconda por Barnaba, y el amor sensual y brutal de éste por Gioconda, no se podían expresar mejor. ¡Bravo, Sr. Cav. Ponchielli, sólo *La Gioconda*, si no hubieseis escrito otras obras, os hubiera bastado para revelar al mundo musical vuestra justa celebridad y la ciencia suma con que poseis el arte de la armonía!

«Reciba de sus admiradores la más sentida admiración, y el augurio sincero que su poderosa inteligencia dará al mundo nuevos trabajos tan grandiosos como *La Gioconda*.

«Tócame ahora hablar de la ejecución por los artistas, la orquesta y el coro. Toca el primer lugar al distinguido maestro Vicenzo D'Alessio, director y concertador lo mismo que reconocido maestro, y que no excusó nada para salir adelante de su ardua tarea. Concertó y dirigió con tanta pasión la Gioconda, como si fuese suya; hizo palpable de una manera maravillosa las bellezas del prelude y de todos los refranes sinfónicos del gran maestro. Y para mayor elogio he sabido que es la primera vez que dirige esta partitura, con el agregado de habérselas con una orquesta mínima y no acostumbrada á tan nerviosa y trabajada música. Pero los ameritados profesores se han dejado guiar disciplinadamente por el bravo D'Alessio, y llegaron á la casi perfección á que podía llegar una numerosa orquesta. ¡Bien por D'Alessio que recibió del auditorio, como de este su verdadero admirador, las felicitaciones debidas y que deben abarcar á los profesores de la orquesta, que bajo su mágica batuta y valiosa dirección han progresado enormemente desde *El Trovador* hasta hoy!

«Los coros, concertados por el hábil Cavallini, han hecho prodigios, especialmente en la *Marinesca* (cuya repetición debía pedirse), y en el gran final. Bien, muy bien amigo Cavallini, también vd., con reducido número de elementos, se hizo superior á toda dificultad, y presentasteis un coro sin rival: esto se llama saber mucho y tener un instinto comunicativo sin segundo.

«La Srita. Gini fué la reina de la fiesta: interpretó su fatigosisima parte como ya consumada artista; la animación que infunde á todo y á todos, da á conocer cuán profundo estudio ha hecho de la desgraciada Gioconda, y que de la parte musical ha hecho una verdadera y justa creación. La Srita. Gini, y ésto sea dicho en el verdadero sentido de la palabra, ha expresado todas las pasiones con tanta verdad, hasta sobresalir sobre las más célebres actrices. Es inútil hablar de los aplausos que obtuvo la Srita. Gini: aquello fué una ovación continuada, una fiesta.

«Bien, señorita, así se canta y así se ejecuta el arte melodramático. Que reciba la Srita. Gini los más cordiales plácemes de su verdadero admirador, que lloró con su llanto del último acto.

«Después de la Srita. Gini toca su turno al simpático Pizzorni, que dijo su profundamente apasionada parte con verdadera intención. Dijo la romanza del segundo acto muy bien y con intención perfecta, y sin embargo, esta romanza exige mayor suavidad. El Sr. Pizzorni, que modula tan bien toda la parte de Vasco en *La Africana*, ¿por qué no se acerca al *smorzo* sobre el *si* bemol de esta romanza? Hágalo el Sr. Pizzorni, que yo sé que lo puede hacer, y perdone si le tacho un pequeño lunar; pero un verdadero amigo, como me envanezco en serlo de él, aspira siempre á la perfección en aquellos que pueden alcanzarla, y él es uno de ellos. Inútil es repetir que el simpático artista fué aplaudido extraordinariamente, y sobre todo en esta romanza.

«La Sra. Tiozzo Pieri dice y representa la parte de la ciega como una verdadera y levantada artista. Nosotros, que hemos oído á la Barlani-Dini en este papel, podemos afirmar que era igual á la Tiozzo, pero no superior. La señora Pieri obtuvo una ovación en la bellísima romanza del primer acto.

«La Srita. Bassi, en la parte de Laura, aunque escrita en una *lessitura* baja de *mezzo-soprano*, siendo ella soprano perfecta, tuvo ocasión de distinguirse en tan apasionado papel, especialmente en el duo del segundo acto con Gioconda, en la plegaria y el terceto final. Como actriz caracterizó muy bien á la apasionada amante de Enzo. ¡Bravo, Srita. Bassi, seguid estudiando, y un día con vuestra espléndida voz llegareis á ser célebre!

«El Sr. Pogliani se equivocó en la interpretación del papel de Barnaba. Es éste un sér descarado y sin vergüenza, con el oficio de espía, dado á la corrupción y los vicios, protegido del Santo Oficio. Un Mefistófeles no caballero, sino harapiento y descalzo. Un bandido refinado. Sus modales deben de ser rudos y soberbios con todos, serviles con el jefe de la Inquisición. Ama á Gioconda, pero con un amor sensual y de bruto. Odia á todos y se envanece con soberbia y cinismo de su papel de espía, llamándose *Rey*. El monólogo es una página espléndida; pero el Sr. Pogliani no lo ha comprendido, y si no fuese por el *sol* ó grito que emite al último, hubiera pasado inadvertido. La *barcarola*, que vale tanto como el *Dio dell'or* del *Fausto* de Gounod, fué dicha sin brio ni colorido. El duo final, que es una obra maestra, fué interpretado por el señor Pogliani con la frialdad del D. Salustio de *Ruy Blas*, con sus piés fijos y sus piernas rectas como un recluta que presenta armas, y con sus brazos caídos. Estudie el Sr. Pogliani un poco más los personajes que debe representar, porque hasta ahora sólo ha interpretado el del *Conde de Luna*; deje la tendencia al grito, y se acercará al canto y férvido frasear. Siento decir ésto, pero no puedo felicitarlo como á los demás artistas.

«Mancini hizo bien su parte, pero estaba indispuerto; mas es preciso suplicarle una simple cosa, y es la de abrir más los sonidos si quiere alcanzar más efectos con su sonora y bella voz. Este es nuestro parecer y creemos que el amigo Roberto no lo tendrá á mal. En la segunda representación estaba más aliviado y recogió más aplausos. En la interpretación del personaje estuvo muy bien, y en el duo con Laura se dió á conocer como buen actor.

«Las segundas partes, bien. Muy bello el servicio escénico. La Empresa se vió recompensada por el buen éxito de tanto trabajo, y de seguro el público mexicano ha quedado reconocido á los Sres. Sieni y Mereno.

«He terminado, y creo haberlo dicho todo. La crítica tiene necesidad tan sólo de inteligencia y corazón, no de otra cosa. Tal es mi parecer íntimo y leal. Acudid á nuestro teatro y vereis y sentireis que fué verídico nuestro: ¡NOEL.»

No sólo transcribimos lo anterior porque está inspirado por profundos conocimientos musicales y estéticos, sino porque estamos completamente de acuerdo con las opiniones emitidas por nuestro amigo y colaborador.

GUSTAVO BAZ.

## EL AERONAUTA.

NOVELA ORIGINAL

DE

JULIA DE ASENSI.

(Concluye.)

«Conozco su corazón generoso y sé que derramará algunas lágrimas por mí, y sin embargo yo no quisiera que me llorase; sus ojos son tan bellos como tranquilos y no los debe empañar ni la más ligera nube.

«Acaso advertirá vd. en mi carta un tinte de melancolía que no me es dado desechar: mi alma está algo enferma y no comprendo lo que podrá curarla. Quizá será por la inactividad forzosa en que he vivido durante tanto tiempo; por eso quiero extender de nuevo mis alas y volar lejos, muy lejos.

«Adiós, María, deseo que no me olvide vd., que me consagre un recuerdo como á un hermano querido en pago del afecto fraternal que me inspira. He nacido en un país donde la amistad no se finje ni se vende; al decirle que cuente con la mía, es igual que si le asegurase que no hay en la tierra peligro ni desgracia que no arrostrase por vd., su afino.—Walter Smith.»

Mucho lloró la pobre niña al leer estas líneas; mucho rogó para que Dios librase de todo riesgo al intrépido aeronauta, pero los días de aquel extranjero á quien amaba ardientemente estaban contados, y María no tuvo ya más cartas de él.

1 Es el monólogo del *Angelo* de Víctor Hugo.